

eida con tal tesoro, complaciase en ir á orar; allí era donde se iba formando su verdadera educación; en este santuario, y delante de esta imagen bendita, bajo la mirada de la Virgen de las vírgenes y al soplo fecundo de su ternura de madre, era donde el corazón de la tierna niña se empapaba en la piedad antes de ensancharse, allí se iba formando dulcemente en el fervor ese gérmen de santidad que la fidelidad á la gracia debía mas tarde desarrollar tan maravillosamente.

¿No es verdad que en los primeros años, nosotros también amábamos con todo nuestro corazón á la Santísima Virgen? Cuán buenos seríamos si hubiésemos sido, ó si nos esforzásemos en ser más fieles á ese primer amor y á esa primera gracia!

CAPITULO III.

INFANCIA Y ADOLESCENCIA.

Piadosa industria de la niña Liduvina para satisfacer su devoción á la Santísima Virgen.—La Santísima Virgen le sonríe.—Cómo piensan y hablan las mujeres mundanas.—Lo que responde una virgen cristiana.—Mérito apreciado.—Liduvina no quiere otro Esposo que á Jesús.

Es cierto que la amable niña no podía ir tantas veces como deseaba á orar en el santuario que guardaba todas sus predilecciones; pero aunque de tan corta

edad, ya desde entonces hacía en la casa, bajo la dirección de su madre, todo el trabajo que hubiera hecho una criada, y sus menores instantes estaban ocupados. Mas en cambio, Liduvina espiaba y hasta en sus mismas ocupaciones sabía admirablemente encontrar la ocasión de satisfacer su piedad. Todos los días á cierta horas, debía llevar la comida á sus dos hermanos pequeños que frecuentaban la escuela; y á su padre y hermanos mayores que trabajaban en los campos, es decir, tenía que pasar varias veces por delante de su amada capilla. Ay! entonces era cuando formaba su plan con infantil astucia. Llegaba la hora, y con su cestito al brazo, se ponía en camino..... mas daba gusto verla! Andaba aprisa, muy aprisa, lo mas aprisa que le era posible; no había ni amiga que pudiese detenerla, ni diversión que lograra cautivarla, pues no quería otra cosa que ganar tiempo, y con el tiempo ganado concordar la obediencia á su madre con su devoción á la Santísima Virgen; y de esta manera, sin faltar á sus deberes, tanto de ida como de vuelta, siempre entraba á la iglesia, en la cual era verdaderamente de admirar, pues profundamente recogida como un ángel, con el mas tierno fervor decía y repetía la dulce Ave María, que era su oración favorita; y después, juntando la acción con las palabras, en pie delante de la imagen de la Virgen, y mirándola como si María en persona hubiese estado delante de ella, con gracia infantil la saludaba con un aire de indefinible ternura y salía de la capilla..... Santa familiaridad, piedad ingenua, que debían agrandar singularmente á la Reina de las vírgenes, y que le agradaron en efecto, porque bien pronto tuvieron su recompensa; ved aquí de que manera:

Un día,—Liduvina tenía entonces siete años,—vol-

viendo de los campos como de ordinario, se hallaba en la capilla bendita, enfrente de aquel altar tan amado. Como de ordinario también repetía con todo su amor la salutación del Angel; mas repentinamente se detiene... como inmóvil de espanto... la piadosa niña ha visto una cosa inaudita! Sí, lo que mira es el rostro de María que se anima, y su mirada que brilla!... mira en sus labios la mas arrobadora sonrisa, una de esas sonrisas del cielo! ¡Oh delicias!... Inmediatamente, con esa sencillez de niña que no duda ni se engaña, Liduvina se levanta... sube las gradas del altar, y se aproxima, estiende hacia María las manos y quisiera llegar hasta el corazón de la divina Virgen; háblale, dícele las palabras mas tiernas, llámala su Madre, su dulce Reina, su hermosa Señora... sus impetus eran como dardos de fuego, y sentíase muy dichosa porque María le seguía sonriendo!

Entre tanto, en medio de toda esa dicha el tiempo pasaba, y la hora huye velozmente. Liduvina piensa en ello de improviso. Ay! Dios mio, qué va á decir mi madre? no me irá á reprender? Y á toda prisa vuelve á su casa transportada, arrebatada, y con todo llena de inquietud! Su madre en efecto la recibió con aire severo, pues sobrecargada de trabajo había tenido que sufrir con su ausencia. De dónde vienes? le dijo secamente, dónde has ido á vagar y á perder el tiempo? —Madre mia, respondió simplemente la amable niña: no os disgusteis os lo suplico, y perdonadme. Oh! si supiéseis! Yo había entrado en la capilla para saludar... os lo aseguro, nada mas que para saludar al paso á mi hermosa Señora: Pues bien, ella me ha devuelto mi saludo! Sí, la Virgen me ha correspondido con una sonrisa, pero era una verdadera sonrisa, una sonrisa tan dulce que me ha hecho dichosa, al grado

que ya no podía separarme de allí. Había en estas palabras tal acento de cándida fe y de dicha, que la piadosa madre conmovida no pensó mas que en bendecir á Dios por las esperanzas que le daba este prodigio, y en alabar á María que sonrie siempre al amor de sus siervos por las inefables alegrías con que se complace en recompensarlos.

Además esta piedad no era estéril, pues como toda piedad sincera y bien entendida era activa y práctica, y se transfiguraba en las obras. Así Liduvina se iba haciendo de dia en dia una niña admirable por su humildad, su obediencia, su respeto á la verdad, su caridad, dulzura, y angélica modestia, y por todas las virtudes cristianas que la adornaban; de suerte que á los doce años era ya un modelo de las jóvenes, y á los diez y seis tenía una admirable madurez y sabiduría.

En esa edad llena de peligros, cuando por todas partes se levantan en el alma de la joven como un brillo que la fascina, como una refracción deslumbrante que puede perderla, Liduvina carecía de esas vanas ilusiones. No sentía ningún atractivo por el mundo, ó mas bien con esa mirada que le daba un juicio exquisito veía al mundo en toda su realidad. Bajo de ese barniz brillante con que se adorna y bajo esas exterioridades tan seductoras de política, de afectuosa abnegación y de embriagadores placeres, como de felicidad y de grandeza, bien sabía ver y miraba lo que debajo se oculta, y lo que hay en el fondo de pequeñez y mentira, de egoísmo é hipocresía, de perfidia y horrorosa miseria sobre todo, y de odiosa corrupción á cada paso!

El mundo no era á sus ojos mas que un profundo abismo en el que es muy facil caer. ¿No veía ella al derredor de sí muchas jóvenes lanzándose á la vida con sus ensueños, caminar á su desgracia y á su ruina

indiferentes y fatuas por el camino de un mezquino placer ó de una imprudente unión? En consecuencia, ya había tomado su partido renunciando al mundo, á sus diversiones, á sus vanidades, á sus fiestas; ya había renunciado aun á sus reuniones y á sus conversaciones por inocentes que pareciesen. La oración y el trabajo, el retiro y los goces de la familia eran la vida que había escogido, y en la cual, juntamente con la dignidad, encontraba la calma y la dicha.

Y no obstante, Liduvina era una hermosa y amable joven que con los encantos de que estaba dotada, hubiera sido muy bien recibida en el mundo; y es preciso decirlo; los lazos no le faltaron, pues bien sea el instinto del mal, ó la cobarde envidia, el vicio siempre se ha deslizado y eternamente se deslizará oculto bajo las flores, gracioso y político en el paraíso terrestre de un corazón puro, para amontonar en él ruinas y sembrar la desolación. Venían pues algunas mujeres idólatras del mundo que sabían llegar hasta Liduvina, las que admiraban su juventud y sus gracias, exaltaban su hermosura, y alababan su virtud; mas añadían; que aun en el bien no conviene ser exagerado. "Vos vivís, (le decían), es necesario confesarlo, como encerrada en un sepulcro. ¿Por qué á vuestra edad, en la estación de las rosas, llevar esta vida tan austera y obscura? Ciertamente Dios no pide tales excesos! Asi como á la flor le son necesarios el aire y el sol, del mismo modo á la joven para la expansión de los perfumes que el cielo le regala le es necesario el gozo, las recreaciones y los placeres... Y gracias á Dios los placeres legítimos no le faltan! Qué mal hariais vos por ejemplo reemplazando ese tocado tan sencillo por otro más elegante y por algunos adornos que tan bien os sentarian? Pues qué ¿sería un crimen presentarse á lo

menos algunas veces en una sociedad escogida, y en reuniones bien arregladas? En dónde, pues, estaría el peligro que tanto temeis? Vos teneis los principios de la religión y de la virtud: he aquí vuestra salvaguardia para vos; en cuanto á nosotras he aquí nuestros ángeles tutelares, con esto es la mujer invulnerable! Y así, sin peligro para vos, el mundo os vería mas á menudo, ya para admiraros y para coronaros en sus fiestas, ya para traer á vuestros pies con sus homenajes, riquezas y tesoros, en una palabra, para elevaros sobre esa humilde condición que no es la vuestra... Ah venid!"

Así hablaban esas mujeres á Liduvina. Este era el antiguo lenguaje de Satanás á Jesús: Arrojaos del templo, pues nada arriesgais y teneis vuestros ángeles para guardaros! tal era la tentación en la cumbre de la montaña. Ved cuán bello es el mundo! ved esas fiestas, esos esplendores, esas coronas, esos reinos de la tierra! todo os lo daré si os arrodillais ante mí!

Y qué respondía Liduvina á tantas seducciones? Por toda respuesta, escondiase en la iglesia donde había sido bautizada, y en la capilla en donde la Virgen de las vírgenes le había sonreído, ó en su aposento á los piés de su Crucifijo; y allí arrodillada, derritiéndose en lágrimas exclamaba: "Dios mio! Dios mio! no, yo no quiero nada del mundo! yo no quiero ni amarle ni ser de él amada. Lo que quiero ¡oh Dios mio! es la dicha de guardar inmaculada la blanca ropa que me habeis dado en el bautismo! Ah! ocultadme, guardadme bien; sí, oh Dios mio, á vos ahora y siempre, á vos sólo es á quien yo quiero, á quien busco y á quien amo!

Por lo demás, lo que la joven decía interiormente en el secreto de la oración, iba bien pronto á declararlo en voz alta. Ya hemos dicho que Liduvina era de

rara belleza, y que había en sus facciones y en toda su persona una mezcla armoniosa de gracia y distinción. Pero un encanto que valía todavía mas, era su caracter elevado y reflexivo, templado no obstante por la mas amable amenidad. Además, se sabía que en los negocios, y en la dirección de una casa poseía en alto grado esa ciencia doméstica y ese tacto inteligente que da tanto valor á una mujer. Por otra parte, todas esas cualidades, hermosura, inteligencia, y caracter, estaban coronadas con una aureola tan atractiva de modestia, que á pesar de sus esfuerzos por permanecer ignorada, la joven atraía sobre sí la atención pública. Muchos jóvenes de distinción pensaron que una mujer como esta, aunque pobre, valía mas para su dicha y para la vida real que todas las elegantes disipadas, tan ligeras en sus fiestas, no reconociendo en éstas mas que ligerísimos méritos. La mano de Liduvina fué pues pedida á su padre. Como hombre prudente, Pedro no se violentó; mas al fin, apremiado por instancias reiteradas, y tal vez tentado por el atractivo de la fortuna que se le ofrecía, cierto día llamó á su hija. "Hija mia, le dijo, no sin emoción, muchos jóvenes de las mejores familias de Squidam piden tu mano; yo creo que harías bien en pensar en esto y ya me dirás tu elección.—Mi elección, decís? respondió vivamente Liduvina, ah! padre mio, ahora ya es tarde pues mi elección está hecha! No es á un hombre, sino al rey del cielo á quien yo quiero estar unida; y él es quien ha recibido ya mis juramentos. Oh mi buen padre, continuó la joven tomándole y besándole las manos: sí me amais..... y no es así? vos amais tanto á vuestra hija! yo os conjuro á que no me habéis mas de matrimonio, pues que estimo mucho el tesoro de la virginidad para darlo á un esposo mortal." Pedro se

sentía conmovido, y no obstante, insistía; mas Petronila estaba allí y aprobaba los votos de su hija: Pedro, le dijo, no instemos mas á Liduvina, ella es en verdad muy joven, muy piadosa sobre todo, para violentarnos. Esta es nuestra hija única; mas si es necesario, por qué no dársela al Dios único? por qué no la dejáremos consagrarse á él para siempre?—Ah gracias! exclamó entonces la joven con transporte, mil y mil veces gracias, madre mia muy amada! Sí; de Jesús quiero ser, nada más que de Jesús: dejadme decirlo; no hay hombre viviente que pudiese forzarme á ser de otro que de Jesús. Oh! si alguno quisiese obligarme, añadió ruborizándose, bien sé lo que haría! Pediría y suplicaría tanto á mi Dios, que él me enviaría una deformidad tan repugnante que ningún hombre jamás me apeteciese!

Cuando es santa la infancia hay en ella como un perfume que embalsama y protege toda la vida!

CAPÍTULO IV.

DESIGNIOS DE DIOS.

Carrera de patines.—Liduvina dá una caída.—Enfermedad sobrehumana.—Sonder-Dank.—Los médicos se confiesan impotentes.—Una crisis.—Horrible complicación de males.—Nacen gusanos y se multiplican en la carne de la virgen.—Lección de caridad que dá á un hombre mundano.—Su amor á la verdad y milagro que lo recompensa.

HASTA aquí y por muy fervorosa que fuese Liduvina, aun no habia recibido ningún don extraordinario

de lo alto; Dios no la había admitido todavía á los gozes de sus celestiales comunicaciones; pues era preciso que sufriese, antes la ley providencial á la cual somete Dios á las almas privilegiadas. Era conveniente que fuese purificada por el fuego de la prueba, que fuese fortificada contra el orgullo por la humillación, y en una palabra, que pasase por el Calvario antes de llegar al Tabor: era necesario que padeciese! y el padecer sería para ella como un nuevo bautismo que debía recibir para empezar la vida nueva en la que iba á entrar. Este bautismo de sangre fuele abundantemente concedido! A los diez y seis años fué atacada de una enfermedad poco alarmante, mas que le había durado muchos meses. Durante la convalecencia algunos jóvenes vinieron un día á visitarla, ó mas bien á proponerle un instante de recreación. Era á la sazón el pleno invierno, el frio había sido riguroso, y un hielo espeso cubría por todas partes la superficie de las aguas. En toda la Holanda es una diversión muy usada la carrera de patines, diversión llena de encanto y de movimiento, y tan inocente como favorable á la salud. Los hombres, las mujeres y los niños, se entregan voluntariamente á este pasatiempo, y las jóvenes Holandesas sobre todo, sobresalen en destreza. Reunidas en alegres grupos se las vé sobre sus pequeñas láminas de acero sólidamente fijadas al calzado ir y venir, entremezclarse dando vueltas, describiendo mil extrañas formas, trazar sobre el hielo con tanta gracia como ligereza las mas caprichosas figuras, y después lanzándose á correr y atravesar el espacio ligeras como las aves que hienden los aires!

Las compañeras de Liduvina marchaban pues sobre el hielo, y venían á invitarla á que las acompañase. La joven, como sabemos, temía mucho la disipación,

y así es que excusándose con su mala salud y dándoles las gracias se negaba á acompañarlas. Mas las jóvenes exclamaron: precisamente vuestra salud es la que debe decidirlos, pues teneis necesidad de movimiento y ejercicio; venid á participar de nuestros juegos que, un poco de ejercicio os hará mucho bien. Aun cuando no viniéreis mas que al borde de la ribera para ver nuestras diversiones desde lejos, esto sólo os regocijará; venid pues de todos modos. Liduvina repitió sus excusas, pero las amigas renovaron de tal modo sus instancias, que la piadosa niña temiendo contristarlas, con el permiso de su padre accedió á sus deseos. Vase pues con ellas, y baja en su compañía al hielo tomando los patines. Hacía apenas unos instantes que se entregaba á este ejercicio, cuando una de sus compañeras lanzada á todo escape, no sabiendo ó no pudiendo apartarse ni detenerse á tiempo, viene de improviso á chocar contra Liduvina, y el choque fué terrible, pues la pobre niña convaleciente no pudiendo detenerse cae violentamente contra un témpano de hielos fracturándose una costilla. Entonces vióse un espectáculo desgarrador, Liduvina yacía tendida sobre el hielo, pálida, desmayada, y aun se hubiera creído que estaba muerta! A su derredor, de rodillas, ó corriendo espantadas aquellas jóvenes poco antes tan risueñas, lloraban y daban unos gritos que partían el alma. "Ay! decían, nosotras la hemos traído y la hemos por fuerza arrastrado á este hielo tan fatal..... y he aquí que sólo tenemos ahora un cadáver que devolver á su madre." Con todo, fuerza es resignarse; las jóvenes levantan á su desgraciada amiga en los brazos, y con las manos entrelazadas le forman como una camilla, y llorando amargas lágrimas la llevan á su casa y la colocan en su lecho,—en el mismo lecho

que acababa apenas de dejar gozosa con la esperanza de una salud prontamente recuperada, mas del que nunca volvería á bajar restablecida. Bien se comprende que este acontecimiento produjo en Squidam profunda sensación; y como sucede en estos casos, cada uno habló de ello á su modo, unos con desprecio, otros con lástima, y sólo los hombres de fé supieron ver en ese suceso una disposición providencial. Y en efecto, tenían razón, pues los amorosos designios de Dios comenzaban ya á cumplirse!

Mas digámoslo desde luego: en medio de su inmenso dolor, los padres de Liduvina no se entretuvieron en vanos lamentos, antes sin pensar en su pobreza, y queriendo salvar á su hija muy amada hicieron venir los médicos mas hábiles, y los cirujanos mas experimentados, los cuales ensayaron los remedios mas costosos; nada se hacía pesado al amor paternal, y á fuerza de trabajos y privaciones bien podían pagarlo todo. Mas ay! todo fué en vano.

Acentuóse en verdad una enfermedad extraña que burlaba las investigaciones mas tenaces, y frustraba los estudios mas constantes. Mientras que la ciencia reflexionaba y discutía sus causas y sus remedios, el terrible mal avanzaba continuamente, é iba tomando de hora en hora horriblos desarrollos. Preciso era conocer que Dios había herido, y en sus adorables designios su Majestad no quería la curación!

Además, la ciencia se vió bien pronto reducida á hacer como una solemne confesión de la intervención divina. Existía en esta época un médico famoso, llamado Godofredo de la Haye á quien toda la Holanda bendecía y le había puesto el sobrenombre de Sonder-

Dank. (1) A este hombre profundamente piadoso, que juntaba á una incomparable habilidad un raro desinterés para con los enfermos pobres, le hablaron de Liduvina, y vino á visitarla. Los médicos habían acudido numerosos al derredor del ilustre doctor, que largo tiempo estuvo preguntando y sondeó en todos sentidos ese mal inaudito, hasta que por fin dirigiéndose á los padres de la virgen, les dijo. Amigos míos, cesad de hacer gastos inútiles, pues aun cuando pusiéseis en nuestras manos tantas monedas de oro cuantas estrellas hay en el firmamento, no podríamos en cambio ofrecer la curación. Y dirigiéndose hácia los médicos que le rodeaban: "Convenzámonos, venerables compañeros, este es un mal que supera nuestra ciencia. Si Hipócrates y Galeno estuviesen aquí presentes yo los desafiaría á que trajesen remedio porque el mal procede de arriba! Sí, añadió con tono inspirado, la mano de Dios está sobre esta niña; así lo creo, así lo siento; esta enfermedad es sobrenatural, y Dios hará en ella maravillas como apenas las habrá obrado en otra alma en todo un siglo! ¡Ojalá y esta niña fuera mi hija! y cuán caro compraría yo este honor si pudiese comprarse!"

Así, abandonada de los médicos, y herida por la mano de Dios, Liduvina no tuvo mas perspectiva que la de un horroroso martirio. Su mal, tan misterioso é

(1) Tierno sobrenombre que transmitió á sus hijos y que le fué dado porque á los enfermos pobres á quien trataba siempre gratuitamente y que le manifestaban su reconocimiento por sus hábiles cuidados diciéndole: "*Grooten dank!*" es decir: "muchas gracias!" respondía invariablemente: "*Sonder-Dank!*" Nada de gracias!"

indefinible que desesperaba á la ciencia humana, presentaba unos caracteres que espantaban, pues era como una milagrosa complicación de horribles llagas interiores, en medio de las cuales y en la región misma de la costilla quebrada, había aparecido una apostema ó absceso. En vano para abrirlo se habían empleado los medicamentos mas enérgicos, pues á todo había resistido: Liduvina sufría tan intolerables dolores, que era necesario á cada instante trasportarla de un lecho á otro, aun que no fuese mas que para darle la esperanza de algún alivio; pues los dolores le ocasionaban á veces crisis espantosas.

Cierto dia estando en una de esas crisis, había venido á verla Pedro su padre, que abismado de tristeza se había sentado junto á su desgraciada hija y la miraba llorando. ¿Cómo no llorar, si amaba tanto á su hija y la veía padecer tanto, sin poder darle el menor alivio? Y al mismo tiempo al través de sus lágrimas le hablaba y le decía las mas tiernas palabras y todo cuanto entendía que podría inspirarle valor y fortaleza. Mas Liduvina nada escuchaba. Bajo la acción de sus atroces dolores sus miembros se le torcían, y á pesar suyo daba gritos horrorosos. Repentinamente se calla . . . jadeante, fuera de sí, con la fuerza de los dolores, y sin conocimiento de lo que hace, de un salto se endereza, se lanza y se precipita fuera del lecho. . . y viene á caer sollozando en brazos de su padre, y al mismo tiempo sobre el pecho del anciano espantado, se desmaya!

Mas qué había sucedido? por qué este desmayo? Pronto pudo comprenderse, pues ese movimiento tan violento y mas eficaz que toda la ciencia, había ocasionado la ruptura de la apostema, que acababa de abrirse. Inmediatamente renace la esperanza, y to-

dos se felicitan de la terrible crisis. Dios sea alabado! exclaman, sin duda esta es la curación, y la salud que va á venir!

Mas ay! en realidad esta debía ser ó la vida ó la muerte: pero no fué la muerte ni la vida, sino un horrible y extraordinario aumento de males, y mas que nunca la realización de los designios del Señor!

Esta ruptura tuvo horrorosas consecuencias, pues no encontrando salida el humor, se derramó naturalmente en el interior. Fácilmente se comprende que esto le ocasionó fuertes vómitos, mas con tal dificultad que la pobre joven se retorció sobre su lecho con la violencia de los dolores que parece debían hacerla morir. Sobrevinieron en seguida, y siempre bajo la acción de este humor encerrado, otras terribles enfermedades; las fuerzas fueron desapareciendo: el estómago se debilitó á tal grado, que no podia contener ningún alimento; las piernas y bien pronto casi todos los miembros se le paralizaron, y á tantos males vino á juntarse el horroroso suplicio de una sed devoradora é insaciable, irritada de continuo por los vómitos que no cesaban. La pobre enferma bebia sin cesar, y disgustada del agua fría y limpia, iba arrastrándose á buscar una agua tibia, cenagosa y hasta hedionda que con ansia bebía! tristes bebidas que su estómago arrojaba muy pronto y que sólo servían para atizar el fuego que la abrasaba, y á las cuales volvía con una especie de horrible placer que causaba compasión! Así fueron pasando los tres primeros años, y referir cuánto padeció en este tiempo, cuántos insomnios, lágrimas y tormentos de todas clases, decir todas las amarguras de su alma y los dolores de su cuerpo, sólo Dios podría hacerlo, bastaba verla para comprender que el dolor habia cavado en aquel pobre cuerpo un abismo

insondable, y para sentir el alma traspasada de dolor. Pobre niña! tan joven aún, á los diez y nueve años! ¿No era ella la que poco ha se encontraba tan llena de actividad, de movimiento y de vida? ¿No era la amable virgen á quien la mano de Dios se había complacido en adornar con tanta gracia y hermosura! Y ahora, vedla allí, extendida en su lecho, martirizada á todas horas, y en todos sus miembros durante tres años! Y cuando algunas veces bajaba de ese lecho la pobre joven, se la veía deforme, horrorosa, arrastrándose con las rodillas y las manos como un gusano por su aposento, ó al derredor de su mezquina habitación. Espectáculo lamentable, que además de la compasión que causaba al verla, era como un sentimiento de horror que sentían todos los que la encontraban, aun aquellos que la habían buscado y á quienes había inspirado tanto amor! Oh vanidad de vanidades! qué és pues el mundo? qué vienen á ser la juventud y la hermosura? Ah! la santa joven lo había pedido, cuando al instarla para que escogiese un esposo, en su virginal horror había contestado: «Yo rogaré tanto á mi Dios; que su Majestad me enviará tal deformidad que ningún hombre querrá jamás nada conmigo.» Con todo eso, quién lo creería? tantos males no eran aun mas que las arras del dolor. Ve ahí que Liduvina no tendrá en adelante ni el consuelo de arrastrarse miserablemente por su aposento, pues como su estado se iba agravando, como nuevas é inauditas enfermedades se amontonaban de dia en dia, clavábanla para siempre en su lecho! No habiendo podido lavarse la llaga de la apostema, la gangrena había empodrecido las partes vecinas, penetrando hasta los intestinos y engendrando con la putrefacción gusanos, que se multiplicaban de una manera horrorosa,

y después de traspasar las entrañas, agujeraban las carnes y llegaron á abrir tres agujeros del ancho de una mano y de color negrusco y repugnante. Todos aquellos gusanos tan horribles á la vista se alimentaban de la sustancia misma de la enferma, y le causaban tormentos sin nombre. Consultados los médicos ordenaron que para contener la acción de los gusanos, y atraerlos al exterior se aplicasen sobre las llagas unas cataplasmas de harina de trigo, con miel y grasa de capones, con cuyo remedio extraíanse del cuerpo de la virgen hasta doscientos cada dia.

A propósito de este remedio, refiramos un hecho, que aunque poco esencial á nuestra historia, pero que á lo menos encierra una lección evangélica á veces desconocida. En el tiempo del carnaval, un hombre de Squidam iba á dar un festin á los magistrados y á toda la nobleza de la ciudad. Los preparativos eran espléndidos, y entre otros platillos que debían servirse en la mesa del anfitrión y hacerle mucho honor, se hablaba sobre todo de ocho ó diez capones magníficos que una larga y sabia preparación había pacientemente conducido á un estado de delicadeza y gordura de lo mas atractivo. Pues bien, la víspera del festin este personaje se encontraba en casa de Liduvina, la cual, como todos, sabía que era rico y aun que amaba mucho la buena mesa, las comidas exquisitas y los placeres; mas no sabía, ó mas bien jamás había querido creer que un hombre que se mostraba tan magnífico y á quien nada se hacía gravoso cuando se trataba de la buena mesa, pudiese ser capaz como le acusaban, de llevar la parsimonia en el artículo de la caridad hasta la avaricia. Liduvina le pidió pues con toda sencillez una poca de grasa de capón para la extracción de sus gusanos, y sólo recibió una negativa;

«mas os pido tan poco! añadió la humilde virgen, y esto poco os lo pido como una limosna en nombre de mis dolores que disminuiréis, y en nombre de Jesucristo que os bendecirá.»—Imposible! respondió el egoísta epicúreo. Y juntando la mentira á la dureza, peor en esto que el mal rico del Evangelio, añadió: «os lo repito, Liduvina, lo que pedis es imposible; pues mis capones están tan flacos que no se podrá sacar de ellos suficiente grasa para rociarlos mientras se cocen! Tal insensibilidad espantó á la inocente niña. Pues bien! sea! respondió, es cierto, yo creía, que al ser rico como vos, era deber y aun dicha también el tener compasión de los pobres, y creía, sobre todo, que teniendo como vos el honor de ser cristiano, debería ponerse su gloria en aliviar los miembros pacientes de Jesucristo, la cual es muy superior á esa estúpida gloria que podeis tener con el olor apetitoso de algunos capones! mas no hablemos ya mas de esto, solamente dejadme decir que mereceríais vos que lo que negais á Jesucristo fuese entregado á los gatos y devorado por esos animales.» Entre tanto el duro visitador partió un poco confuso, mas de ningun modo conmovido. «Ah, iba diciendo en sus adentros, ya iba yo á desordenar el plan de tan bello festin por el placer de sus gusanos! Nó, nó, no obtendrá la grasa de mis capones, ni ella ni aun los gatos con que parece amenazarme, pues en cuanto á estos últimos yo los pondré á buen recaudo.» Entrando en su casa fué luego á ver sus preciosos capones y los encontró mas tiernos y delicados que nunca, dió á los criados las órdenes mas convenientes, y á su vista les hizo encerrar en un lugar muy seguro; y cuando en la mañana siguiente muy temprano sin duda soñaba en el gusto que le prometía esta carne tan blanca y delicada, he aquí que vinie-

ron á anunciarle la desgracia mas grande que podía sucederle: que todos sus capones, sin exceptuar uno sólo, habían sido hechos pedazos y devorados..... por los gatos!

Mas volvamos á nuestra triste narración. A mas de las tres llagas en las que hormigeaban los gusanos, se había formado otra en la espalda derecha: las carnes del derredor no tardaron en podrirse, y desde entonces le fué imposible á Liduvina, no ya el descanso sobre ese lado, sino ni aun hacer el movimiento necesario para descansar sobre el otro. La pobre paciente debía ya permanecer el resto de sus dias acostada sobre la espalda! El brazo derecho fué muy pronto invadido por el mal que se llama fuego de San Antón. Ese es un mal terrible que devora las carnes hasta los huesos, ataca hasta los nervios, sin respetar mas que uno sólo, y así el brazo pendiente y desprendido no quedó unido con el cuerpo mas que por ese nervio. Sólo el brazo izquierdo quedó libre, y con él podía Liduvina levantar aun su pobre cabeza, el centro de los mas crueles tormentos. Sentía punzadas tan violentas! y latidos tan intolerables, que le parecía le traspasaban el cráneo con agujas ó que se lo despedazaban á martillazos. También la carne de la frente se le partió de alto á bajo, la barba se le abrió hasta separarse del labio inferior, la lengua se le hinchó; uno de los ojos se le apagó, y el otro no pudo soportar mas la luz; y en fin, atroces dolores de dientes le duraban semanas y aun meses enteros, unas veces sin descanso, y otras con tal violencia que llegaba á una especie de frenesí.

Además de esto, la pobre enferma iba perdiendo una gran cantidad de sangre, pues por la nariz, la boca y los oídos la derramaba. Los vómitos siempre

frecuentes, eran de una agua sanguinolenta y á veces de sangre pura; y dicen los historiadores, testigos oculares, que no hubieran podido llevar á cuestas la sangre que perdía en un sólo mes, dos hombres robustos.

Durante ese tiempo le apareció también una enfermedad en el hígado: los pulmones se podrian y caian á pedazos; el pecho se cubria de fistulas de un humor corrosivo; las fiebres mas complicadas y agudas caian unas tras otras sobre la infortunada víctima. . . . qué dirémos en fin? La joven sufría una agonía incesante y espantosa, reuniendo todos los dolores conocidos, y que debía durarle por el espacio de treinta y cinco años! (1)

Mas digámoslo para tranquilidad de nuestra alma: en compensación de tantos males, Liduvina tenía á su Dios consigo. El Dios que la quebrantaba y la purificaba en el crisol de los sufrimientos, como el plateiro purifica el oro en el fuego, mirábala con tierno amor, complaciéndose muchas veces aun de un modo maravilloso en mostrar cuanto la amaba. He aquí una prueba de ello.

En una plaza pública, frente de la casa de nuestra virgen, dos hombres reñían una vez. Repentinamente uno de ellos, pálido, espantado, entra en la casa de Pedro gritando: salvadme! salvadme! y se introduce hasta el aposento en donde Liduvina estaba acostada; su adversario le seguía amenazándole terrible con la espada en la mano, entra también en la casa y dice á Petronila: ¿dónde está el hombre que ha entrado por

(1) No sabemos por qué omite aquí el autor, el mal de piedra que padeció también Liduvina, y que ya se sabe cuán terrible es y doloroso. Otros autores lo mencionan. (G. Ch.)

aquí, pues yo lo necesito? tengo sed de su sangre! decídmelo en dónde está?

Al ver la espada desnuda de este hombre, espumando de furor, la pobre mujer amedrentada cree poder decirle una mentira, por impedir un homicidio, y le responde que allí nadie ha entrado. Mas ya el furioso se había metido al aposento de Liduvina. "¿En dónde está ese hombre que busco; cuya vida requiero, respóndeme, está aquí?—Sí, contesta la virgen que aborrece la mentira, sí, aquí está!—Desgraciada! exclama Petronila, acercándose á su hija y dándole una bofetada, qué es lo que has dicho? Este pobre ha venido cerca de tí á buscar un refugio y así lo entregas á la muerte? En estas palabras había aun otra confesión, de suerte que medio muerto de terror y expuesto á todas las miradas el pobre fugitivo, sentíase perdido. Pues bien, su furioso enemigo no lo vió, aunque le busca por todo el estrecho aposento; parecía que estaba atacado de ceguedad, ó más bien que un cambio inesperado se había obrado en él. A la voz de Liduvina, y á las palabras que ha pronunciado, repentinamente cae su espada; su furor se desvanece, la mansedumbre vuelve á su corazón, y sale de la casa seguido de aquel á quien hacía poco quería hacer víctima de sus iras. Madre mia, dijo entonces la piadosa enferma, que había recibido con angélica dulzura la bofetada de Petronila: si os he causado alguna pena, perdonadme; más yo he creído, que respondiéndole la verdad, eso sería bastante para salvar un hombre é impedir un delito, y ya habeis visto que en ello no me he engañado!

Quando Dios más nos hieré nos deja siempre entrever su gran bondad!